

## TODAVÍA MAL PAGADOS, EXCEPTO UNOS CUANTOS

*Se ha sugerido que el equipo dominicano de estrellas podría ganar la serie mundial; ciertamente, un equipo de San Pedro [de Macorís] podría dar a la mayoría de los equipos de grandes ligas la pelea para ganar el título.*

Los columnistas de béisbol John S. Bowman y Joel Zoss.<sup>1</sup>

En uno de los extremos de la ciudad hay un letrero que dice: “Bienvenidos a San Pedro de Macorís. La ciudad que más y mejores peloteros ha dado al mundo”.<sup>2</sup> Sorprendentemente, esta ciudad de 85 000 habitantes del sureste azucarero de la República Dominicana ha enviado docenas de *short-stop* de primera al béisbol de los Estados Unidos. También ha enviado jugadores que batean fuerte como George Bell, quien bateó 47 cuadrangulares y ganó el título de jugador más valioso para Toronto en 1987. Otros originarios de San Pedro son los renombrados estrellas Joaquín Andújar, Rico Carty,

<sup>1</sup> Bowman y Zoss: ob. cit., p. 132. Las principales fuentes utilizadas para este capítulo incluyen a Bowman y Zoss; S. H. Burchard: *Sports star: Fernando Valenzuela*, San Diego, Harcourt Brace Jovanovich, 1982; John Krich: ob. cit.; Michael Oleksak y Mary Adams Oleksak: ob. cit.; Ken Rappaport: *Bobby Bonilla*, Nueva York, Walker and Company, 1993; Rob Ruck: ob. cit.

<sup>2</sup> Krich: ob. cit., p. 117.

César Cedeño, Tony Fernández, Julio César Franco, Alfredo Griffin, Pedro Guerrero, Stan Javier, José Offerman, Rafael Ramírez, Juan Samuel y Sammy Sosa.

Una tercera parte de los más de 100 jugadores dominicanos que han tenido éxito en las ligas mayores hasta 1988 llegaron a ellas desde San Pedro. Tony Fernández, quien cumplió 12 temporadas —con un promedio de .285 en la temporada de 1995 como el jugador de cuadro ancla de los Yanquis de Nueva York—, creció ahí. Cuando niño, quedó cojo por astillamiento de la rodilla y difícilmente podía correr.

Idolatraba al impenetrable fildeador Alfredo Griffin (promedio vitalicio de bateo de .258), *short-stop* de tez oscura originario de San Pedro que ayudó a que los Azulejos de Toronto contendieran por el título de 1979 a 1985. Después de que fue operado de la rodilla a la edad de quince años, Tony continuó con su fijación de relevar a Griffin y se convirtió por méritos propios en *short-stop* del equipo de estrellas de la Liga Americana.

Muchos jóvenes de San Pedro han pasado de la pobreza a la riqueza. Rico Carty, César Cedeño y Pedro Guerrero, por ejemplo, firmaron bonos por 3 000 dólares o menos. Sus habilidades finalmente les dieron mucho más, inspirando a otros dominicanos en el hecho de escoger el béisbol como una carrera para escapar de la ruta de la pobreza en un país conocido por su alto índice de desempleo.

No muy lejos de San Pedro de Macorís, la compañía estadounidense Gulf & Western (G&W) —después de la invasión de los Estados Unidos en 1965— adquirió el complejo industrial azucarero La Romana y la puso a funcionar, de acuerdo con diversos informes de derechos humanos, como un campo de trabajos forzados. No se permitía a las delegaciones de los sindicatos que exami-

naran las condiciones de trabajo. Como en el caso de Trujillo, G&W impulsó el béisbol.<sup>3</sup>

El jardinero Rico Carty nació en 1941 en el cercano pueblo de Consuelo, en donde los trabajadores cortan la caña para los ingenios de San Pedro. Cuando Rico Carty tenía tan solo 5 años, gracias a una huelga por la que se luchó mucho, se acortó la jornada de trabajo para los trabajadores de la caña de azúcar. Después de la huelga, Trujillo reprimió las organizaciones políticas más severamente que nunca. El padre de Rico, un trabajador de los ingenios de azúcar, apoyó a un sacerdote irlandés de Canadá que estaba organizando a la gente del pueblo en contra de la represión de Trujillo. Él y el sacerdote ayudaron a que se unieran las comunidades de las Indias Occidentales y de la República Dominicana en torno al juego de béisbol a fines de las décadas del 40 y del 50. El padre de Rico manejó el equipo de Consuelo que ganó el campeonato amateur de 1957.

Siendo adolescente, Rico creció hasta alcanzar 1,88 m. Un día, cuando cortaba leña en el ingenio, se quejó con su tío: “Esto es para los animales, no para mí”.<sup>4</sup> Así que puso toda su atención en el béisbol, jugó con el equipo de su padre y acabó siendo un adolescente con buen bateo. A fines de la década del 50 se convirtió en una de las estrellas de Escogido, el equipo propiedad del cuñado de Trujillo. En los Juegos Panamericanos de 1959 en Chicago, los *scout* de las ligas mayores de los Estados Unidos se abalanzaron sobre Rico con montones de contratos en las manos. Como apenas si entendía inglés, Rico

<sup>3</sup> Ruck: ob. cit., p. 178. En la década del 90, después de que su inversión inicial se multiplicó diez veces, G&W vendió La Romana a una familia cubana exiliada en Miami. Los nuevos dueños continuaron impulsando el béisbol en La Romana.

<sup>4</sup> Ruck: ob. cit., p. 158.

firmó todos los contratos (que sumaban nueve). No obstante, no obtuvo bonos. Los agentes de Trujillo llevaron a Rico Carty a los tribunales para obligarlo a quedarse con el equipo Escogido. George Trautman, cabeza de las ligas menores de los Estados Unidos, persuadió a los funcionarios dominicanos de que Rico era inocente, ya que no había aceptado ningún bono cuando firmó.

En 1964, ya sin Trujillo cerca de él que se lo impidiera, Rico entró en las grandes ligas con bombo y platillos. Jugó con los Bravos de Milwaukee. Bateó 330 con 22 jonrones y 88 carreras producidas. En 1970 fue el campeón de bateo de la Liga Nacional, con un fantástico promedio de 366, el mejor desde el 376 de Stan Musial en 1948.

Cuando se dejó fuera de la urna del juego de estrellas el nombre de Carty, se convirtió en el primer jugador elegido para iniciar el juego mediante votación. Carty contrajo tuberculosis en 1969, lo que minó su atractivo para los clubes de las grandes ligas. En 1973 fue transferido tres veces y hasta hizo una incursión en la Liga Mexicana. Sin embargo, a pesar de jugar en su carrera con frecuentes lesiones, Carty se retiró al final de la temporada de 1979 con un promedio de por vida de .299. Después se dedicó a entrenar en la República Dominicana.

A pesar de su gran carrera, la prensa etiquetaba con frecuencia a Rico Carty, y a cualquier otro latino que mostrara enojo en el campo, “como un típico latino de mal carácter”, mientras alababa a blancos como Billy Martin, famoso como jugador y como mánager y también por sus accesos de cólera.

Otro jugador al que la prensa censuró inicialmente fue Julio César Franco, originario de San Pedro. Franco tuvo un promedio en toda su carrera de 301 hasta la temporada de 1995. Antes de su transferencia a los Rangers de Texas, los medios de Cleveland le hicieron pasar ma-

los ratos. En Texas se ganó la reputación de ser un buen jugador de equipo y una influencia positiva sobre los jugadores latinos más jóvenes.

Otro jugador de San Pedro que “la hizo” fue el jardinero César Cedeño. Comenzó con un miserable bono de 3 000 dólares. Se destacó en la década del 70 y del 80 y con frecuencia ganó guantes de oro por su fildeo (promedio global de bateo .285). En 1974 César fue el primer jugador en combinar por lo menos 20 cuadrangulares y 50 bases robadas en una temporada por tres veces en su carrera. Los aficionados dominicanos lo vitorearon con entusiasmo, cuando llevó a los Astros de Houston a su primer título de la división en 1980, bateando para .309 con 73 carreras producidas, a pesar de tener una rodilla lastimada. Se entusiasmaron aún más en 1985. Ese año César se sumergió en una borrachera de bateo con los Cardenales de San Luis: .434 en los últimos 21 juegos de la temporada. Como resultado, los Cardenales lograron pasar a la serie mundial. Finalmente, César Cedeño fue transferido a los Dodgers en 1986 y sacado de la lista después de 37 partidos, apenas a un jonrón de sumar en su carrera 200 cuadrangulares.

Algunos de los jugadores dominicanos más jóvenes, como el jardinero y jugador de cuadro Pedro Guerrero, sufrieron ataques severos de nostalgia cuando llegaron por primera vez a los Estados Unidos. Guerrero, otro hijo más de San Pedro de Macorís, tenía 16 años cuando en 1973 firmó un contrato con Cleveland por un bono de solo 2 500 dólares. Tuvo problemas de ajuste a la tierra del hielo, la nieve y los prejuicios raciales. A los dueños de equipos les gustaba prohibirles a los jugadores latinos jugar en el invierno en su tierra fuera de temporada. Temían que los jugadores se lastimaran o estuvieran demasiado cansados para jugar bien en el verano siguiente. Pero los jugadores latinos casi siempre tenían un desem-

peño peor en la siguiente temporada si no jugaban pelota de invierno.

Transferido a los Dodgers, Guerrero conmovió al béisbol de la década del 80 (promedio global de bateo de .305 y tres temporadas con más de 100 carreras producidas). Bateó dos cuadrangulares y compartió el premio de jugador más valioso en la serie mundial de 1991, que ganó Los Ángeles contra los Yanquis por cuatro juegos a dos. En junio de 1985, Pedro Guerrero estableció el récord de la Liga Nacional de más jonrones durante un mes: 15. Con problemas de espalda y una lesión de la muñeca, de todos modos bateó para .320, empujó 87 carreras y bateó 33 cuadrangulares, ayudando a los Dodgers a ganar el título de su división. Después de un 1986 plagado de lesiones, Pedro ganó el premio al "regreso de un jugador" en 1987, con un promedio de bateo de .388, 27 jonrones y 89 carreras producidas.

Nostálgicos o no, algunos de los jugadores latinoamericanos mejor pagados de hoy, temiendo las lesiones y queriendo extender sus bien pagadas carreras en los Estados Unidos, decidieron por sí mismos no jugar béisbol de invierno. Sin embargo, la mayoría de ellos todavía visitan sus países tanto como pueden. Tony Peña, el catcher dominicano cuatro veces acreedor al guante de oro, le contó al columnista de béisbol Rob Ruck: "Yo voy a casa tanto como puedo. Amo a mi tierra, y su gente son mis amigos verdaderos. Me importa más lo que la gente de allá piense de mí que en cualquier otro lugar. No quiero que me vean diferente de cómo era. No sería Tony Peña si no regresara".<sup>5</sup>

En 1989, después de cinco temporadas consecutivas de .300 con los Piratas en la década del 80, Peña firmó un contrato de 6,4 millones de dólares por tres años con

<sup>5</sup> Ibídem, pp. 47-48.

los Medias Rojas de Boston en 1989. Según Ruck, para entonces el puertorriqueño Benito Santiago, novato del año de la Liga Nacional en 1987, había superado a Tony Peña “como el mejor catcher latino del béisbol”.<sup>6</sup> Sin embargo, Peña todavía emocionó a sus seguidores con un jonrón que le dio el triunfo a Cleveland en contra de Boston, su anterior equipo, en la serie por el *play off* para llevar a los Indios a la serie mundial.

Hoy, hay más de 400 dominicanos que juegan en el béisbol estadounidense, incluidos 50 en las grandes ligas. Un número similar de puertorriqueños están en las ligas mayores, junto con venezolanos y mexicanos. Ocupan distantes tercero y cuarto lugar entre los latinos.<sup>7</sup> Otras 400 estrellas potenciales se alistan en las academias de béisbol de la República Dominicana, impulsadas por los equipos de ligas mayores en la Isla. Los *scouts* estadounidenses utilizan ahora academias, en vez de las ligas de béisbol de la Isla, para reclutar a los prospectos. Jóvenes desempleados hacen cola en las puertas de las academias todos los días, y sueñan con la fama y la fortuna.

La mayoría de los jugadores latinos todavía trabajan por salarios mucho menores que los blancos, al menos cuando empiezan. Un jugador blanco que se inicia puede esperar por lo menos 150 000 dólares por firmar el contrato, comparado con los 4 000 dólares que se le pagan a un dominicano que posee habilidades similares.<sup>8</sup>

<sup>6</sup> Ibídem, p. 60.

<sup>7</sup> Históricamente, de los más de 500 latinos que han jugado en las ligas mayores hasta 1990, aproximadamente una cuarta parte de ellos venía de Cuba, otra de Puerto Rico y otra de la República Dominicana. El cuarto restante provenía de Colombia, Honduras, México, Nicaragua, Panamá y Venezuela.

<sup>8</sup> Alan M. Mein: “Culture, politics, and baseball in the Dominican Republic”, *Latin American Perspectives*, 22:3, verano de 1995, p. 118.

Un latino en su año de novato en las ligas menores gana solo 700 dólares al mes. Por otro lado, Roberto Alomar, Bobby Bonilla, José Canseco, Rubén Sierra y Danny Tartabull se encuentran entre los 20 jugadores mejor pagados del béisbol.<sup>9</sup>

El mexicano Fernando Valenzuela, y el puertorriqueño nacido en Nueva York Bobby Bonilla, han vivido dos “saltos de la pobreza a la riqueza” completamente diferentes. Fernando Valenzuela nació en 1960 en la pequeña ciudad de Etchohuaquila en la costa occidental de México. Su casa de adobe, de una sola habitación, con el techo de barro y varas, no tenía luz eléctrica. Sus padres, de origen maya, cultivaban un pedazo de tierra propia de menos de un cuarto de hectárea, mientras que sus doce hijos trabajaban en los grandes campos de los granjeros ricos de la región.

Cuando la electricidad llegó a Etchohuaquila en 1970, Fernando comenzó a escuchar las transmisiones radiofónicas de los partidos de la Liga Mexicana de la costa del Pacífico. Su héroe era el fenomenal bateador de poder Héctor Espino, quien entonces estableció récords de bateo que todavía hoy prevalecen (ver el capítulo 5). En 1976, Fernando viajó 30 km hacia el norte para lanzar por el equipo de su tierra natal y fue observado por uno de los organizadores del equipo de estrellas de Sonora. A la edad de quince años, Fernando ganó el premio de jugador más valioso del torneo de estrellas. Cuando le ofrecieron un contrato para las ligas menores mexicanas, consistente en 250 dólares por tres meses, él lo aceptó contento. Su vida fue difícil: después de largos y empolvados recorridos en autobús, en

<sup>9</sup> Para mayor información, ver Milton Jamail: “Major League bucles”, *Hispanic*, abril de 1993, p. 28.



ocasiones los jugadores dormían en el propio piso del autobús. Pero, para un puñado de jóvenes esperanzados, valía la pena. Valenzuela fue uno de los que corrieron con suerte. Un día, Mike Brito, *scout* de los Dodgers de Los Ángeles, observaba un partido y reconoció el potencial de Fernando. Informó al gerente general de los Dodgers, Al Campanis, quien le pagó al equipo de Puebla 120 000 dólares y obtuvo los servicios del pítcher de 18 años de edad. El propietario de los Dodgers, Walter O'Malley, llevaba mucho tiempo queriendo llevar una estrella mexicana a Los Ángeles para atraer a la gran comunidad latina del sur de California.

Cuando los Dodgers lo enviaron a un equipo de ligas menores en Lodi, California, Fernando extrañaba a su familia y a sus amigos, especialmente a su novia, Linda Margarita Burgos. En el invierno aprendió a tirar la difícil bola de tirabuzón, que pronto se volvería famosa con el nombre de “la *fadeaway* de Fernando”. Cuando Fernando comenzó a jugar con el equipo de San Antonio en Texas, miles de aficionados mexicanos-norteamericanos abarrotaron las gradas. Llamaban a su ídolo El jefe.

Al final de la temporada de 1980, los Dodgers llamaron a Fernando para que los ayudara en una dura carrera por obtener el título en contra de los Astros de Houston. Apareció en diez juegos como pítcher de relevo, no permitió carreras y ponchó a dieciséis. Fernando ganó la oportunidad de ser abridor en casa cuando lanzó una blanqueada de 2-0 con solo 5 *hits* contra los Astros. Después del último *out*, los aficionados latinos de Los Ángeles se pusieron de pie y corearon “¡Fernando, Fernando!” Nacía la fernandomanía.

Valenzuela arrasó en las ligas mayores, al ganar sus primeros siete partidos de apertura, cinco de los cuales fueron cierres. Dondequiera que jugaba, el coro familiar

de "Fernando" surgía de las gradas. Se llevaban a cabo con frecuencia conferencias de prensa bilingües especiales cuando estaba programado para lanzar, y la asistencia crecía cuando Valenzuela estaba en el campo.

Sin embargo, la temporada de 1981 fue corta, interrumpida por una huelga de jugadores. Durante la huelga, Fernando regresó a casa, México. Quería hacer una clínica de béisbol para 25 000 niños. Luego fue a Washington, D. C., para comer con el presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, y el presidente de México, José López Portillo.

Una vez terminada la huelga, Fernando abrió el juego de estrellas y no permitió carreras durante toda una entrada. Prosiguió hasta terminar la breve temporada de 1981 con 13-7 récord, 2,48 carreras limpias admitidas y 180 ponches en 192 entradas. Se convirtió en el primer novato de la historia de la liga que lanzara 8 blanqueadas. En los *play offs* de postemporada (debido a que la temporada se acortó por la huelga, los primeros equipos de cada división compitieron en dos rondas en los *play offs*) y en la serie mundial, que ganaron los Dodgers por 4 juegos a 2 contra los Yanquis, Fernando ganó 3 y perdió 1 en cinco aperturas. Al enfrentarse a tres de los mejores equipos, acumuló un notable promedio de carreras limpias de 2,21. No fue sorpresa que ganara el Premio CyYoung como el mejor pítcher de la Liga Nacional, fuera nombrado novato del año, y hasta recibiera el premio de plata al mejor pítcher bateador. Fernando regresó a su natal México como una celebridad, como un héroe. Allí se casó con su novia, Linda, que ahora es maestra de escuela. La radio mexicana transmitió la boda a todo el país.

Para la siguiente temporada, el representante de Fernando pidió a los Dodgers un salario de un millón de

dólares. Fernando solo había ganado 29 000 dólares en su año de novato, aunque obtuvo 300 000 en apoyos diversos. Tommy Lasorda, mánager de los Dodgers, se burló: “Quiere que Texas regrese”.<sup>10</sup> En 1982, a la edad de veintiún años, Fernando obtuvo un salario de 300 000 dólares. Después de terminar con 19-13, 199 ponchados en 286 entradas y un promedio de carreras limpias de 2,87, volvió a exigir un incremento sustancial. El arbitraje le ofreció finalmente un salario de un millón de dólares, la paga más alta que se hubiera dado.

Durante los años siguientes, Fernando Valenzuela obtuvo más respeto por todo el trabajo comunitario que hizo en los barrios del este de Los Ángeles. Aun cuando no terminó sus estudios, alentaba a los jóvenes a completarlos.

En el juego de estrellas de 1984, Fernando se convirtió en el séptimo pitcher en la historia en ponchar a tres bateadores seguidos, los tres mejores de la Liga Americana Dave Winfield, Reggie Jackson y George Brett. Para 1986 Fernando era el latino mejor pagado de la historia, y disfrutaba de un salario de 5,5 millones por tres años. En el juego de estrellas de ese año empató el récord que estableció Carl Walter Hubbell, ponchando a cinco bateadores en fila. Todavía no había permitido una sola carrera en cinco apariciones en el juego de estrellas. El 22 de septiembre se convirtió en el primer mexicano en ganar 20 partidos en una temporada, y lo siguió un par de días más tarde otro mexicano, Teodoro Higuera, del equipo de Milwaukee.

Pero el bateo de los Dodgers no pudo respaldar a Fernando a mediados de la década del 80, y algo de sus energías parecía irsele en su bola rápida. Su hombro derecho empezó a molestarle de mala manera. Aun así,

<sup>10</sup> Oleksak y Oleksak: ob. cit., p. 163.

estuvo a la cabeza en triunfos en la Liga Nacional en 1986 y obtuvo un guante de oro por su fildeo. Más aún, encabezó a la liga en partidos completos durante ese año y el siguiente. Sin embargo, en 1988, la dolencia del hombro de Fernando había empeorado y fue colocado en la lista de jugadores lesionados, lo que terminó con su ristra de 255 aperturas sin perder un solo turno.

Valenzuela terminó la temporada de 1990 con solo 13-13 pero todavía se le alababa en la mayoría de las encuestas de opinión como el mejor zurdo del béisbol de la década del 80. Superando a San Luis, en julio de 1990 se convirtió en el tercer latino en lanzar un partido sin *hit*. Los dos anteriores habían sido Juan Marichal (1963) y el puertorriqueño Juan Nieves (1987). En 1995, a la edad de 30 años, Valenzuela todavía jugaba tesonera con los Padres de San Diego.

Fernando Valenzuela, más que cualquier otro jugador latino, alertó al béisbol y a los medios de difusión masiva ante el increíble potencial de la afición latina. La revista *Time* llamó a la década del 80 "la década de los hispanos". En realidad, las condiciones económicas se deterioraron más para los latinos que para cualquier otro grupo durante esa década, pero al menos los latinos ya no eran invisibles. Y en el béisbol, unos cuantos jugadores seleccionados finalmente comenzaron a obtener salarios más acorde con sus habilidades.

Uno de ellos fue Bobby Bonilla, que nació en el South Bronx, en Nueva York, en 1963. Siendo niño, Bobby se asomaba por la puerta de su departamento y veía a los *junkies* sembrar el terror. Las estadísticas del vecindario, ubicado en el Distrito 40, indicaban que había un robo al día y un asesinato a la semana. Sin embargo, el joven Roberto Martín Antonio Bonilla, quien soñaba todos los días con escapar del peligroso ambiente que lo rodeaba,

tuvo más gente dispuesta a ayudarlo que la mayoría de los niños pobres de la ciudad de Nueva York.

Los padres divorciados de Bobby lo vigilaban muy de cerca. También a sus dos hermanas gemelas más pequeñas y a su hermano menor. Su padre, Roberto Bonilla, un electricista muy trabajador, nació y fue educado en la ciudad de Nueva York, y era hijo de padres cubano-puertorriqueños. Su madre, Regina Rodríguez, llegó a Nueva York de Puerto Rico. Para ayudar a su familia, a principios de la década del 70, se consiguió un trabajo en el Lincoln Hospital, un edificio que tenía cien años de haber sido construido y que estaba casi en ruinas (tradicionalmente conocido como “la carnicería” por los malos servicios médicos que daba) y que se ubicaba en el barrio del South Bronx.

Era una época muy turbulenta. Los puertorriqueños y otros latinos protestaban por el cuidado inadecuado que ofrecía a los pacientes el personal médico del Lincoln, donde casi nadie sabía español. En 1970, los Young Lords, un movimiento juvenil de puertorriqueños, se puso en contacto con los pacientes y los médicos del Lincoln Hospital para hacerse cargo de él y exigir igualdad para las minorías, incluidas las mujeres.<sup>11</sup>

Los movimientos sociales de fines de la década del 60 y principios de la década del 70 ganaron ciertas oportunidades para algunos afronorteamericanos y latinos. La madre de Bobby Bonilla pudo asistir a la universidad, y obtuvo un certificado en trabajo social de la Columbia University. Con el tiempo llegó a ser psicóloga de plantilla del Lincoln Hospital. El joven Bobby también se benefició

<sup>11</sup> Para mayor información, ver Hedda Garza: *Latinas: Hispanic women in the United States*, Nueva York, Franklin Watts, 1994, pp. 106, 121-126.

con las concesiones que obtuvieron los movimientos sociales de esos años, asistió a escuelas que tenían programas federales especiales para las minorías y finalmente entró a una de las preparatorias mejor integradas de la ciudad: Lehman High.

En las calles de la ciudad de Nueva York, Bobby había crecido practicando todo tipo de deportes, pero sus favoritos eran las modalidades callejeras del béisbol. Cuando Bobby tenía 9 años, sus padres lo metieron en una liga infantil. Un día su padre lo llevó a pasear por los alrededores del Shea Stadium de los Mets de Nueva York. Bobby dijo: “Me gustaría jugar ahí algún día”.<sup>12</sup>

Puesto que era una preparatoria “modelo”, Lehman High tenía maestros mejores que el promedio, muchos de ellos judíos, como el entrenador de béisbol Joe Levine. Joe llevó a Bobby al equipo de béisbol de la universidad cuando todavía estaba en tercero de secundaria. Puso a Bobby en varias posiciones y lo convirtió en un bateador oportuno. En el último año de preparatoria de Bobby, los 2 500 alumnos de Lehman juntaron 1 500 dólares para pagar el viaje de Bobby con el equipo amateur de los Estados Unidos. Esta travesía era respaldada por la Federación de Béisbol estadounidense, que emprendía un viaje de buena voluntad a los países escandinavos. Uno de los instructores del viaje fue Syd Thrift, *scout* de los Piratas de Pittsburgh. De regreso a los Estados Unidos, Bobby firmó con los Piratas por un bono de 10 000 dólares. Se casó entonces con su novia de la preparatoria, Millie Quiñones, y se puso a trabajar para obtener un lugar en las grandes ligas. Le llevó algo de tiempo, pero una vez que acortó su pivoteo, alcanzó su paso.

<sup>12</sup> Rappaport: ob. cit., p. 12.

El 3 de julio de 1987, Bonilla pegó un jonrón bateando como derecho y cuatro entradas después bateó otro como zurdo, convirtiéndose en el primer jugador de la historia de los Piratas que diera jonrón de cada lado del plato en el mismo partido. En la historia de las grandes ligas se había hecho 62 veces (10 de ellas por Mickey Mantle, cosa que entre otras lo llevó al Salón de la Fama). Nueve días después desforró la pelota en un *megajonrón* al piso superior del jardín derecho del Three Rivers Stadium, y fue el primer jugador que lo logró desde Willie Stargell, también en el Salón de la Fama. Stargell se volvió un buen amigo y consejero de la naciente estrella.

De 1987 a 1991, Bonilla impulsó 483 carreras, lo que lo colocó en el noveno lugar de las grandes ligas durante ese período de cinco años. En tres de las temporadas sobrepasó la marca de 100 producidas en total. También fildeaba bien, e intimidaba a los corredores con su fuerte brazo desde el jardín. En la tercera base introdujo la “treta Bonilla”, y zangoloteaba entre cada lanzamiento para tener la posibilidad de lanzarse hacia cualquier lado. En 1988, formó parte del equipo de estrellas de la Liga Nacional como tercera base, y puso fin a una racha de ocho años del futuro miembro del Salón de la Fama, Mike Schmidt, quien reconoció “que ahora Bonilla es el mejor tercera base que hay en la liga”.<sup>13</sup>

En 1990, Bonilla y su amigo de los días en los que estuvo en las ligas menores, Barry Bonds, sacudieron al béisbol y llevaron a los Piratas a ganar su primer título de división en once años. Bonds y Bonilla hicieron el 1-2 en la votación para designar al jugador más valioso. Por primera vez en la historia de los Piratas, más de dos millones de aficionados asistieron a los partidos en casa. Pero

<sup>13</sup> Rappaport: ob. cit., p. 58.

Bonilla tenía problemas de contratación con los dueños y la administración de los Piratas. Durante el invierno le ofrecieron un contrato por 1,25 millones, pero otros jugadores de grandes ligas ganaban más produciendo menos. En 1991 decidió jugar su última carta y volverse agente libre (un jugador que escoge la opción de mantener su antiguo contrato por segundo año puede volverse agente libre). Afortunadamente para él, Bobby tuvo otra buena temporada en 1991, y tuvo un promedio de bateo de .302, con 18 cuadrangulares y 100 carreras producidas. Encabezó a la liga con 44 dobles, lo que ayudó a los Piratas a llevarse el título por 14 juegos, y lo convirtió en una “adquisición” atractiva en el mercado libre.

Para obtener los servicios de Bonilla, cinco equipos entraron en una de las guerras de subasta más frenéticas en la historia del béisbol Los Mets de Nueva York ganaron con una oferta de un contrato de 29 millones por cinco años y un bono de 1,5 millones por la firma. Esto hizo de Bonilla momentáneamente el jugador mejor pagado en cualquier deporte. Luego, dos semanas más tarde, bajó al segundo lugar después de Ryne Sandberg, de los Cachorros. Ese fue un año en el que las estrellas latinas finalmente obtuvieron las recompensas económicas que se merecían. José Canseco, por ejemplo, firmó con los Atléticos de Oakland por 23,8 millones por cinco años.

El sueño infantil de Bobby de jugar en el Shea Stadium se había convertido finalmente en realidad. Cuando se le preguntó si la terrible presión era demasiado para él en el campo de los Mets, Bonilla dijo: “En el béisbol no existe presión. La presión alcanza su máximo en el South Bronx”.<sup>14</sup> Al comenzar con los Mets, Bonilla prometió a sus escuelas públicas 500 dólares por cada carrera que

<sup>14</sup> *Ibíd.*, p. 91.



produjera, para que se aplicaran a programas de incentivo y comprar equipos deportivos para los estudiantes. En un primer momento había excluido a Lehman, puesto que había despedido a su antiguo entrenador, Joe Levine. Pero después cambió de opinión, al observar que “no era culpa de los muchachos”.<sup>15</sup>

A pesar de este comienzo exitoso, Bobby enfrentó tiempos difíciles con los aficionados de los Mets. En sus primeras dos temporadas solo tuvo un promedio de .249 y .265, aunque pegó 34 cuadrangulares en 1993. Sufrió de una lesión debilitadora en el hombro y se volvió irritable con sus compañeros de equipo y con la prensa neoyorquina. Sin embargo, en la temporada acortada por la huelga de 1994, reaccionó estableciendo un récord del club de al menos una carrera en nueve partidos al hilo y bateando para .290 con 20 jonrones. Cuando la huelga terminó en 1995, Bobby Bonilla siguió subiendo como bateador. Bateó para .325 con 18 cuadrangulares y 53 producidas con los Mets antes de ser transferido a Baltimore a fines de julio. Ciertamente, parecía haber vida después del South Bronx.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 93.